

# CONDICIONES RELACIONADAS CON LAS CONDUCTAS PERTURBADORAS EN LA ESCUELA

## El educador



El aula es un escenario donde actúan los docentes, cada uno con su personalidad, sus experiencias y sus convicciones respecto a la labor que se espera de él o ella, y los discentes conformando a su vez un conglomerado diverso. Es un pequeño mundo en el que se establece una compleja red de interrelaciones de la que depende en gran medida que se dé un adecuado proceso de enseñanza y aprendizaje. Si en esta trama relacional se producen focos de tensión se afectará de diversas maneras la labor pedagógica. La

vivencia en un salón de clases puede convertirse en una experiencia muy satisfactoria y productiva, o, por el contrario, en una muy desagradable y traumática, sino para todos los actores, al menos para algunos de ellos, incluyendo a los educadores. Las conductas de los alumnos están de hecho muy influidas, positiva o negativamente, por el tipo de relación que se establezca entre ellos y el docente, o entre ellos mismos. De esto deben estar muy conscientes los encargados de encauzar la educación escolar. Veremos ahora cuáles son las actitudes y acciones de los maestros y profesores que pueden provocar el surgimiento de conductas indeseables o agravar las ya existentes.

### **La falta de empatía**

La empatía se define como la identificación mental y afectiva de un sujeto con el estado de ánimo de otro. Los niños perciben con facilidad cuando no se les quiere y reacciona ante esa falta de cariño con tristeza o con rebeldía. En la escuela primaria, el niño percibe a su maestra o maestro de una manera no siempre consciente, como un segundo padre o madre que lo protegerá y lo guiará todo el tiempo que pase en la escuela, y espera de él o ella lo mismo que de sus padres: Afecto y consideración. Un gran humanista del renacimiento, Erasmo de Róterdam, dijo, muy acertadamente, que el primer deber de todo maestro es hacerse amar por sus discípulos. El afecto constituye la base de una relación empática entre adulto y niño. Cuando un estudiante viene de un hogar en el que no recibe la atención afectiva suficiente, con mayor razón la esperará de sus maestros. En los años de la secundaria, los jóvenes esperan encontrar en el profesor una persona que “sepa atraerse la estima y el afecto divirtiéndose (moderadamente) con los alumnos... un auténtico camarada al cual debiéramos mucho respeto” (M. Marchand: La afectividad del educador. Biblioteca de Cultura Pedagógica, 1960). La buena acogida, el buen gesto, la actitud simpática en general, ayuda mucho al docente a lograr del alumno la inclinación a la colaboración y a la aceptación de la disciplina. Lo contrario, el gesto adusto, la lejanía

afectiva y el desinterés por los problemas del educando, no propician la relación armónica entre alumno y maestro. No se debe confundir el dar afecto con la permisividad ni con la sensiblería. No se trata de estar consintiendo al alumno ni dándole constantemente abrazos. Pero si de ser afable, comprensivo, ser un apoyo al que se puede acudir cuando se necesita y ejercer la autoridad con moderación y respeto

## **Rechazo al alumno**

Hay maneras de dar a entender que no se quiere a una persona: Una abierta, con descaro, y otra encubierta o simulada, ignorando y desatendiendo. Imagine el lector que acude a una casa con el fin de hacer una visita y pasar una velada agradable con quienes viven en ella, y al llegar allá se le permite entrar, pero lo ignoran por completo. ¿Cómo se sentiría? ¿Qué haría? Seguramente se sentiría muy agraviado y se iría pronto con la intención de no regresar más. Su actitud ante esas personas que creía lo apreciaban y le demostraron lo contrario, cambie hasta tal punto que desde ese momento sienta antipatía hacia ellos. De forma muy parecida reaccionan los estudiantes cuando se sienten rechazados por algún maestro o profesor, algo que les sucede a menudo a los alumnos en situación de discapacidad cuando son integrados o incluidos en un aula regular. A su condición discapacitante se le suma la frustración de no sentirse querido ni aceptado por quien se supone debe ayudarlo y guiarlo para que supere sus dificultades. Igual les pasa a quienes sin tener discapacidad alguna, tienen problemas de aprendizaje o de conducta.

El rechazo abierto se evidencia por los insultos, las humillaciones, las críticas mordaces, los castigos por asuntos intrascendentes o por las agresiones físicas. Este desprecio se comunica no solamente al estudiante, sino que muchas veces se les transmite a los padres del mismo. Cuando los padres son convocados a la escuela, se les da una perorata en la que se atribuyen a su hijo o hija toda clase de cosas negativas con tono áspero y

acusador. Tal actitud además de causar daño emocional al alumno y a sus padres, provoca una reacción similar en dirección contraria: El docente se convierte en blanco del enojo del estudiante y su familia.

### **Las agresiones verbales**

Puede ser que un educador no sienta realmente rechazo por un determinado alumno o alumna, pero no cuidar su vocabulario cuando tiene que llamar la atención o corregir haciéndolo con palabras ofensivas o calificativos inapropiados. Si el estudiante sentía respeto o simpatía por ese maestro o profesor, desde ese momento sufre una decepción que le impide volver a sentir lo mismo, empezándose a deteriorar la relación entre ellos. Algunos docentes lanzan insultos a sus alumnos como si fuera una gracia o algo a lo que ellos deben acostumbrarse y no darle importancia. Incluso llegan a justificarse diciendo que lo hacen para que reaccionen y mejoren en sus comportamientos o en sus estudios. Un argumento de esta índole no merece siquiera que se comente pues su desatino es evidente. A nadie le gusta que lo humillen y menos delante de otras personas, y ahí muchas otras maneras más adecuadas de lograr compromisos disciplinarios o de trabajo. De más está recordar que tal manera de proceder no constituye un buen ejemplo de respeto, ni de buenas maneras.

### **Las críticas negativas reiteradas**

Centrarse en lo malo, o en lo que uno cree que es malo, de un estudiante, no ha sido nunca un buen método pedagógico. El estar siempre señalando deficiencias y no dar o dar poca importancia a lo positivo, solamente logra generar malestar, frustración e irritabilidad. De la misma forma que algunos docentes justifican su manera de hablar ofensiva argumentando que lo hacen por un buen fin, también hay los que piensan que enfatizando ante los alumnos los aspectos negativos y minimizando los positivos, van a lograr más de ellos. Es en todo caso una versión más atenuada de esa famosa y antigua aserción de que “la letra con sangre entra”. Un educador que se le

pasa criticando a sus educandos llega a hacerse verdaderamente insoportable y por asociación, también las asignaturas que imparte. Hay formas más constructivas y menos insistentes de decir que puede estar fallando en un estudiante o en un grupo de ellos, y nunca debe dársele prioridad por encima de los logros, aunque estos no sean muchos.

## **Castigos frecuentes**

Un hecho conocido desde hace mucho tiempo en psicología humana, es que el abuso de los castigos tiene efectos muy diferentes a los esperados. Si lo que se intenta castigando constantemente a una persona, en este caso, un niño o adolescente, es el de aprenda a comportarse adecuadamente, o a cumplir con sus responsabilidades, muchas veces el tiro sale por la culata: Se intensifica la mala conducta, surgen otras que no se daban o se siente más aversión por los estudios. En relación a las conductas, la víctima de este abuso puede responder con rebeldía, actitud desafiante, sentimientos de frustración y baja autoestima que a su vez lo pueden llevar a la agresividad. Para que los castigos tengan alguna efectividad deben aplicarse como último recurso, de manera racional y siempre partiendo de un análisis de los hechos que lo motivan con el estudiante al que se le aplican. Volveremos sobre este tema posteriormente.

## **Incapacidad para lograr la disciplina del grupo**

Lograr que un grupo de alumnos trabajen y convivan con disciplina puede ser un problema acuciante para aquellos docentes que no tienen la competencia para transmitir una imagen de autoridad, para lograr neutralizar a los cabecillas del desorden, ni para conseguir que los estudiantes se empeñen en atender a sus tareas de aprendizaje. La clase está más proclive a la indisciplina cuando el docente:

- Es una persona insegura o tímida
- Tiene problemas de personalidad inestable y no actúa

coherentemente.

- No establece claramente las normas de disciplina.
- Actúa como un niño o adolescente más, fomentando el relajamiento en un afán por ser aceptado.
- Se desentiende de la clase y se pone a hacer otras cosas (conversar con un colega a la puerta del aula, a leer el periódico, a poner en orden asuntos personales, etc.).
- No consigue atraer la atención y la participación de los estudiantes en el tema de estudio por la forma en que lo desarrolla.
- No ve la disciplina como algo que también hay que seguir enseñar y trabajando, centrándose únicamente en lo estrictamente académico y dando por sentado que sus alumnos ya deben haber desarrollado las habilidades de autodisciplina.